

catadas por la sangre de Cristo y hechas hijas de la gracia!, venid a contemplar a vuestro amadísimo Rey en el día de su muerte, que para El es día de gran regocijo, por conseguir haceros esposas suyas, dando su vida por vosotras en la cruz; venid y lo veréis coronado por su madre, la ingrata Sinagoga, no con la corona de gloria y majestad, sino con corona de dolor y de ignominia. «Salid, dice SAN BERNARDO, y ved a vuestro Rey llevando la corona de pobreza y de miseria» (8).

Señor, ¿cómo siendo Vos el más hermoso de todos los hombres, el más poderoso de todos los reyes, el más amable de todos los esposos, permitís que os cubran de llagas y os colmen de desprecios? Sois esposo, pero esposo de sangre (9), porque habéis querido desposaros con nuestras almas derramando vuestra sangre y padeciendo muerte afrentosa: sois Rey, pero rey de dolores y rey de amor, puesto que habéis querido ganar mi corazón a fuerza de tormentos.

Esposo amantísimo de mi alma, ojalá que nunca me olvide de lo mucho que por mí habéis padecido, a fin de que no deje de amaros y complaceros; tened compasión de mí, ya que a tanta costa me habéis comprado. En pago de tantos trabajos como por mí habéis padecido, os contentáis con que responda con mi amor; pues bien, yo os amo, amabilidad infinita, os amo sobre todas las cosas; pero aunque deseo amaros con todo mi corazón, todavía os amo poco; dadme más amor, amadísimo JESÚS mío, si queréis que os ame con todo mi corazón. Yo, miserable pecador, debería arder en el infierno desde que me atreví a ofenderos gravemente; pero me habéis soportado hasta

(8) S. 2.

(9) Ex., IV, 25.

ahora para que arda, no en aquel fuego devorador, sino en las abrasadas llamas de vuestro amor. Que este pensamiento, ¡oh Dios de mi alma!, me inflame en deseos de hacer cuanto pueda por complaceros. Ayudadme, JESÚS mío, y ya que habéis hecho tanto por mí, acabad la obra comenzada, uniéndome a Vos con los estrechos lazos del amor.

III. Los judíos piden la muerte de Jesús. — Como prosiguiesen los judíos insultando al presidente y gritando: *Quita, quítale de enmedio, crucifícale*, díjoles Pilatos: *¿A vuestro Rey tengo yo de crucificar?* Y ellos respondieron: *No tenemos rey, sino a César* (10). Los mundanos que van en pos de las riquezas, de los honores y de los placeres de la tierra, niegan a JESUCRISTO su soberanía, porque mientras vivió en la tierra se declaró por rey de miseria, de ignominias y dolores.

Pero si los mundanos rehúsan prestaros vasallaje, nosotros, JESÚS mío, os elegimos por nuestro único Rey y delcaramos que JESÚS *es nuestro Rey*. Sí, amabilísimo Salvador, Vos sois y seréis siempre mi único Señor.

Vos sois el verdadero Rey de nuestras almas por haberlas criado y redimido de la esclavitud de Satanás. *Venga a nos tu reino*. Dominad, pues, y reinad siempre sobre nuestros corazones; que siempre os estén rendidos y obedientes. Entren otros al servicio de los reyes de la tierra con la vana esperanza de atesorar bienes mundanos, que nosotros queremos únicamente servirlos a Vos, Rey afligido y menospreciado, con el solo intento de agradaros a Vos, sin buscar consuelos terrenos. De aquí en adelante pondré todo mi contento en abrazarme con los dolores y las humilla-

(10) *Io.*, XIX, 15.

ciones, ya que Vos habéis querido padecer tanto por nuestro amor. Concedednos la gracia de permanecer fieles a vuestra bandera, y para ello dadnos el don precioso de vuestro amor. Amándoos a Vos amaremos también los desprecios y los trabajos por Vos tan amados, y al dirigirnos a Vos os pediremos lo que os pedía vuestro amante y fiel servidor SAN JUAN DE LA CRUZ: «Padecer, Señor, y ser por Vos despreciado» (11).

¡Oh María Madre mía; interceded por mí. Amén.

(11) Marcos de S. Francisco, **Vida de San Juan de la Cruz**, l. III, cap. I, n. 10. **Obras del Santo**, p. III, Venecia; 1747.

CAPITULO XI

JESÚS, CONDENADO Y CONDUCTIDO AL CALVARIO.

I. Jesús, condenado a muerte. — Pilatos, disputando con los judíos, proseguía sosteniendo que no podía condenar a un inocente; pero al oír estas palabras: *Si sueltas a ése no eres amigo del César*, quedó aterrado y temeroso de perder la gracia del Emperador, condenó a JESÚS a morir en la cruz, después de haber proclamado tantas veces su inocencia. *Entonces*, dice SAN JUAN, *se lo entregó para que lo crucificasen* (1).

«Inocentísimo Redentor mío, exclama bañado en lágrimas SAN BERNARDO, ¿qué has hecho para ser tan duramente juzgado?, ¿qué crimen has cometido para ser condenado a muerte de cruz?» «Ah, ya comprendo, prosigue diciendo el Santo, cuál es la causa de tu muerte; ya entiendo el crimen que has cometido; es el crimen de haber amado a los hombres con infinito amor; más bien que Pilatos, es el amor quien te condena a muerte» (2). «Yo no veo, añade SAN BUENAVENTURA, otra causa más justa de vuestra muerte, ¡Oh JESÚS mío!, que el exceso de vuestro amor» (3). «Tal exceso de amor, torna a decir SAN

(1) Io., XIX, 12 y 16.

(2) Oratio 2.

(3) Stim. div. am., p. I, c. II.

BERNARDO, nos fuerza a consagrarnos, amadísimo Señor, todos los afectos de nuestro corazón» (4).

Amado Salvador mío, el entender que me amáis con tan entrañable amor, debiera bastar para olvidarme de todo y consagrarme únicamente a amaros y complaceros en todo. *Si el amor es fuerte como la muerte* (5), dadme, Señor, tan grande amor, que me haga olvidar de todos los afectos terrenos. Hacedme comprender que todo mi bien consiste en agradaros a Vos, Dios de amor y de bondad. Maldito sea el tiempo que he vivido sin amaros, y os doy gracias porque todavía me dais espacio de reparar lo pasado. Os amo, JESÚS mío, infinitamente amante e infinitamente amable; os amo con todas mis fuerzas y os prometo morir mil veces antes que dejar de amaros.

II. Jesús acepta la sentencia que le condena a muerte. — JESÚS oye la inicua sentencia que le condena a muerte, y la acepta con humildad. No se lamenta de la manifiesta injusticia del juez, ni apela al César, como lo hizo después San Pablo, sino que, lleno de mansedumbre y resignación, se somete al decreto del Eterno Padre, que le condena a morir en la cruz por nuestros pecados. *Se humilló a sí mismo*, dice SAN PABLO, *haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (6). Y por amor al hombre se resignó a padecer tan cruel suplicio. *Nos amó y se ofreció a sí mismo por nosotros* (7).

Piadosísimo Salvador mío, por los muchos favores que os debo, os doy millones de gracias. Mi deseo,

(4) In Cant., S. 20.

(5) Cant., VII, 6.

(6) Phil., II, 8.

(7) Eph., V, 2.

JESÚS mío, es morir por Vos, ya que con tanta generosidad habéis aceptado la muerte por mi amor. Pero si no me es dado derramar mi sangre y sacrificar mi vida a manos de verdugo, suerte que han tenido tantos mártires, acepto al menos con resignación la muerte que me tengáis deparada; y la acepto en el tiempo y del modo que os sirváis enviármela. Desde ahora os la ofrezco como homenaje debido a vuestra majestad y en descargo de mis pecados, y por los méritos de vuestra muerte afrentosísima os ruego que me concedáis la dicha de morir en vuestra gracia y en vuestro amor.

Y abandonó a JESÚS, dice SAN LUCAS, al arbitrio de ellos (8). Pilatos puso al inocente Cordero en manos de aquellos furiosos lobos para que hicieran de El lo que se les antojase. Los desalmados ministros arremetieron con El, le quitaron el manto, y habiéndole puesto otra vez sus propios vestidos, le sacaron a crucificar (9). «Obraron así, dice SAN AMBROSIO, para que JESUCRISTO fuese conocido al menos por sus vestiduras, puesto que su hermoso rostro estaba tan desfigurado por la sangre derramada y las heridas recibidas, que no podía ser fácilmente de todos conocido». Luego tomaron dos toscos maderos, formaron con ellos una cruz de quince pies de largo, según el testimonio de SAN ANSELMO y SAN BUENAVENTURA, y la colocaron sobre las espaldas del Redentor.

Dice SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA que JESUCRISTO no esperó a que el verdugo le cargara la cruz sobre los hombros, sino que, alargando los brazos, la tomó valerosamente y la colocó sobre sus llagados hombros (10). Ven, dijo, ven cruz amada; hace treinta

(8) Luc., XXIII, 25.

(9) Mattheus, XXVII, 31.

(10) De uno Mart., Con. 3. Milán, 1760.

y tres años que te busco y estoy suspirando por ti; abrázome contigo y te estrecho contra mi corazón, porque tú serás el altar en el cual voy a sacrificar mi vida por amor de mis ovejas.

¡Oh JESÚS mío!, ¿cómo habéis podido hacer tanto bien al que tanto mal os ha hecho? Cuando considero que habéis expirado a fuerza de tormentos para obtenerme la amistad divina, y que yo, por culpa mía, la he perdido tantas veces, quisiera morir de dolor. ¡Cuántas veces me habéis perdonado y yo he tornado a ofenderos! ¿Cómo podría esperar confiado el perdón, si no supiera que habéis muerto para perdonarme? Por esta vuestra muerte espero, pues, el perdón y la perseverancia en vuestro amor. Me arrepiento, Redentor mío, de haberos ofendido; perdonadme por vuestros merecimientos; que yo os prometo no volver a disgustaros. Aprecio y amo más vuestra amistad que todos los tesoros del mundo; no permitáis que tenga la desgracia de volverla a perder; antes que éste, enviadme cualquier otro castigo. No, JESÚS mío, no quiero perder más vuestra amistad; antes quiero perder hasta la misma vida; quiero amaros siempre.

III. Jesús conducido al calvario. — Los ministros de justicia llevan al suplicio a los ya condenados reos, caminando entre ellos el Rey del Cielo, el Unigénito de Dios; y llevando *El mismo a cuestras su cruz, fue abandonado hacia el lugar llamado Calvario* (11). Serafines bienaventurados, salid también vosotros de los tabernáculos de la gloria y venid a acompañar a vuestro Rey y Señor, que se dirige al Calvario para ser ajusticiado entre dos ladrones en un infame patíbulo.

(11) **Io.**, XIX, 17.

¡Espectáculo por todo extremo espantoso!; ¡un Dios ajusticiado! Ved al Mesías aclamado pocos días antes como Salvador del mundo y recibido por el pueblo con grandes demostraciones de alborozo y alegría a los gritos mil veces repetidos de *Hosanna al hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor* (12), vedlo ahora maniatado, escarnecido y de todos maldecido, llevando la cruz sobre los hombros para morir en ella como un malvado. ¡Oh exceso del amor divino!; ¡un Dios ajusticiado por los hombres!; ¿y habrá todavía un hombre que rehuse darse de corazón a Dios?

¡Oh amante eterno de mi alma!, ya que he comenzado a amaros demasiado tarde, haced que en lo que me resta de vida recobre el tiempo perdido. Bien sé que cuanto haga por Vos es harto poco en comparación del amor que me habéis manifestado; pero, al menos, deseo amaros con todo mi corazón; porque sería insigne villanía si después de tantas finezas vuestras dividiera mi corazón entre vuestro amor y el amor de las criaturas. De hoy en adelante os consagro mi vida, mi voluntad y mi libertad; disponed de mí como os agrade. Si os pido la gracia de entrar en la gloria, es para amaros también mucho por toda la eternidad. Ayudadme con toda vuestra gracia; por vuestros méritos os la pido y espero alcanzarla.

Imagínate, alma mía, que ves a JESUCRISTO andar por esta vida dolorosa. *Como va la oveja al matadero* (13), así es conducido a la muerte nuestro adorable Redentor. Ha perdido tanta sangre en los anteriores tormentos, y está tan acabado, que la natural flaqueza apenas le permite tenerse en pie. Mírale cubierto de

(12) **Matth.**, XXI, 9.

(13) **Is.**, LIII, 7.

heridas, con el haz de espinas sobre la cabeza, con el pesado madero cargado sobre los hombros y con un verdugo a la vista, que le tira de una cuerda con que lo lleva atado. Mira cómo va con el cuerpo inclinado, con paso vacilante, derramando sangre, y camina con tan gran trabajo que a cada paso parece que va a exhalar el último suspiro.

Procura detenerle en su carrera y pregúntale: ¡Cordero divino!, ¿no estáis ya saciado de oprobios? Si pretendes con tus dolores ganar mi corazón, ¡ea!, basta ya de padecer, que quiero amaros conforme a la medida de vuestros deseos. —No, responde, todavía no estoy contento; solamente lo estaré cuando haya logrado morir por tu amor.— Y ¿dónde vas ahora, amado JESÚS mío? —Voy, contesta, voy a morir por ti; no me detengas; lo único que te pido y te recomiendo es que, cuando me veas expirar por ti en la cruz, te acuerdes del amor que te he tenido; no lo echés en olvido y ámame.

¡Oh afligido JESÚS mío!, ¡cuán a costa vuestra me habéis manifestado el amor que ardía en vuestro pecho! Mas, decidme, ¿qué provecho sacáis de mi amor cuando para conquistarlo habéis querido dar toda vuestra sangre y vuestra vida? ¿Y cómo después de tantas maravillas obradas por vuestro amor he podido vivir tanto tiempo sin amaros, olvidado de vuestras bondades? Gracias os doy por las luces que ahora me comunicáis, y que me dan a entender cuán admirable es vuestro amor. Os amo, bondad infinita, os amo sobre todo bien; y quisiera sacrificar por Vos mil vidas si las tuviera, ya que Vos por mi amor habéis sacrificado vuestra vida divina; y a fin de amaros con todo mi corazón, dadme las gracias que con tantos trabajos me habéis merecido. Comunicadme una chispa de aquel santo fuego que al morir

por nosotros habéis prendido en toda la tierra. Haced que jamás se caiga de mi memoria el recuerdo de vuestra muerte, a fin de que jamás me olvide de amaros.

IV. Jesús nos redimió por la Cruz. — JESÚS *lleva sobre sus hombros*, dice ISAIAS, *la divisa de rey* (14). La cruz, añade TERTULIANO, fue el noble instrumento de que se sirvió JESUCRISTO para conquistar tantas almas, puesto que muriendo en ella pagó la pena merecida por nuestros pecados, nos libro del infierno y nos hizo propiedad suya. *El es el que llevó*, dice SAN PEDRO, *la pena de nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz* (15).

Siendo así que vuestro Padre, como dice ISAIAS, cargó sobre vuestras espaldas todas nuestras iniquidades, yo con mis pecados hice más pesada la cruz que llevasteis al Calvario. ¡Dulcísimo Salvador mío!, aunque ya entonces preveíais todas las injurias que os había de hacer, no por eso se entibió vuestro amor, ni me privasteis de las inefables gracias con que me habéis favorecido. Si a pesar de haber sido yo el más vil e ingrato de los pecadores, que no me he cansado de ofenderos, me habéis amado con tan entrañable amor, justo es que todo mi afán sea amaros a Vos, que sois mi Dios, belleza y bondad infinita, que tanto me habéis amado. ¡Ojalá que nunca os hubiera ofendido!, ahora conozco, JESÚS mío, el mal que os he acusado. ¡Pecados malditos!, ¿qué habéis hecho? Habéis contristado el enamorado corazón de mi Redentor, que tanto me ha amado. Perdonadme, JESÚS mío, ya me arrepiento de haberos ultrajado;

(14) Is., IX, 6.

(15) I Petr., II, 24.

en lo por venir Vos seréis el único objeto de todos mis amores. Os amo, amabilidad infinita, con todo mi corazón, y estoy resuelto a amaros únicamente a Vos, Señor, perdonadme, y si me otorgáis vuestro amor, nada más os pido. «Dadme vuestra gracia y vuestro amor, os diré con SAN IGNACIO, y seré bastante rico.»

V. Jesús nos convida a llevar la Cruz. — *Si alguno quiere venir en pos de Mí, dice JESUCRISTO, niéguese a sí mismo y sígame (16).* Ya que Vos, Redentor mío, siendo inocente, camináis delante con la cruz, invitándome a seguiros con la mía, seguid adelante, que yo no quiero abandonaros. Si en otro tiempo os abandoné, confieso que obré mal; dadme ahora la cruz que os agrade, que gustoso me abrazo con ella para llevarla en vuestra compañía hasta la muerte. *Salgamos, pues, con El, dice el APÓSTOL, fuera de la ciudad, abrazándonos con la ignominia de la cruz (17).* ¿Cómo dejaremos de amar los dolores y la ignominia, si por nuestra salvación tanto lo habéis amado?

Ya que me invitáis a seguiros, quiero hacerlo y morir por Vos; pero dadme la fuerza necesaria para ello; y os la pido y la espero apoyado en vuestros merecimientos. Os amo, JESÚS amabilísimo, os amo con toda mi alma y jamás quiero verme privado de vuestro amor. Bastante tiempo viví alejado de Vos; atadme ahora al palo de vuestra cruz; y si he despreciado vuestro amor, me arrepiento con toda mi alma, y ahora os amo sobre todas las cosas.

¡Oh JESÚS mío!, y ¿quién soy yo para que vaya

(16) **Matth.**, XVI, 2.

(17) **Hebr.**, XIII, 13.

en vuestro seguimiento y me impongáis el precepto de amaros amenazándome con el infierno si os niego mi amor? Pero, ¿a qué amenazarme con las penas eternas, os diré con SAN AGUSTÍN, si el mayor tormento para mí sería no poderos amar a Vos, Dios amabilísimo, mi Criador, mi Redentor, mi paraíso y mi todo? Bien sé que en justo castigo de los pecados que he cometido merecía verme condenado a no poder amaros; pero Vos proseguís amándome e intimándome el precepto de amaros insinuándoos en mi corazón con estas palabras: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente* (18). Gracias os doy, amor mío por haberme impuesto esta ley de amor, y para sujetarme a ella os amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con toda mi mente; arrepíentome de no haberos amado así en lo pasado; que al presente, antes prefiero pasar mil trabajos que vivir sin amaros y dejar de pedir os vuestro amor. Ayudadme, JESÚS mío, a hacer siempre actos de amor a Vos; concededme la misma gracia a la hora de la muerte, a fin de que vaya luego al paraíso a amaros cara a cara y sin velos, donde os amaré sin imperfección, sin tregua ni descanso, y con todas mis fuerzas, por toda la eternidad.

Oh María, Madre de Dios, rogad por mí. Amén.

(18) Mar., XII, 30.

CAPITULO XII

DE LA CRUCIFIXIÓN DE JESÚS.

I. La escena de la crucifixión. — Hemos llegado ya a la crucifixión, postrer tormento que acabó con la vida de JESÚS; subamos hoy al monte Calvario, convertido en teatro del amor divino, donde todo un Dios da la vida anegado en un piélago de dolores. *Llegados que fueron*, dice SAN LUCAS, *al lugar llamado Calvario, allí le crucificaron* (1). Después de llegar con gran trabajo a la cumbre del monte, por tercera vez le arrancaron con gran violencia los vestidos, pegados a las llagas de su lacerado cuerpo, y lo arrojaron sobre la cruz. El mansísimo Cordero se tiende sobre aquel durísimo lecho y presenta a los verdugos las manos y los pies para que se los claven, y levantando los ojos al cielo ofrece al Eterno Padre el gran sacrificio que hacía de su vida para salvar a los hombres. Al clavarle la mano se encogieron los nervios del cuerpo de JESÚS, de suerte que, según la revelación hecha a Santa Brígida (2), los verdugos se sirvieron de cuerdas para llevar la otra mano y los pies al lugar señalado para los clavos; por manera que las venas y los nervios se dilataron

(1) Luc., XXIII, 33

(2) Rev., I. I, cap. 10.

y rompieron con extremado dolor. Así se cumplió la profecía de DAVID, que dijo: *Taladraron mis manos y mis pies, contaron mis huesos uno por uno* (3).

JESÚS mío, ¿quién clavó esas manos y esos pies sobre el madero de la cruz, sino el amor que habéis tenido a los hombres? Al permitir que traspasaran vuestras manos, quisisteis expiar todos los pecados que los hombres han cometido por el tacto; y al sufrir los dolores de los pies, quisisteis satisfacer por todos los malos pasos que al ofenderos hemos dado. ¡Oh JESÚS, amor mío crucificado, bendecidme con vuestras traspasadas manos, clavad a vuestros pies mi ingrato corazón, para que no se aparte de Vos, y mi voluntad, a fin de que no vuelva a rebelarse contra vuestro amor y cariño. Haced, Señor, que sólo me mueva a obrar vuestro amor y el deseo que tengo de agradaros. Aunque os veo clavado en esa cruz, os reconozco por Señor del Universo, por verdadero Hijo de Dios y Redentor de los hombres. Por favor os pido, JESÚS mío, que no me abandonéis durante mi vida, y particularmente en la hora de mi muerte; en mi última agonía y en los postreros combates que he de sostener contra el infierno, asistidme y confortadme para que muera amándoos. Os amo, amor mío crucificado, os amo con todo mi corazón.

II. La crucifixión, suplicio cruel. — SAN AGUSTÍN es de parecer que no hay ningún género de muerte más cruel que la muerte de cruz (4). Y da la razón SANTO TOMÁS diciendo que los crucificados tienen traspasados las manos y los pies, que por estar todos ellos compuestos de nervios, músculos y venas, son

(3) Ps. XXI, 17.

(4) Tr. 36, in Io. n. 4.

por extremo sensibles al dolor. Además, el mismo peso del cuerpo, que pende de los clavos, hace que el dolor sea continuo y vaya siempre creciendo hasta acabar con la muerte.

Añádase a esto que los dolores de JESUCRISTO sobrepusieron a todos los demás, porque, como dice el Doctor Angélico, siendo Cristo de constitución delicada, era su cuerpo más sensible al dolor. El Espíritu Santo formó el cuerpo de Cristo muy a propósito para el sufrimiento, como lo había predicho el mismo Redentor y lo asegura el Apóstol diciendo: *Me has apropiado un cuerpo* (5). Dice también SANTO TOMÁS que JESUCRISTO quiso padecer un dolor tan grande, que fuese proporcionado al castigo que temporalmente merecían los pecados de la humanidad. Según el testimonio de TIEPOLI, Cristo recibió en la crucifixión veintiocho martillazos en las manos y treinta y seis en los pies.

Alma mía, mira a tu Señor, mira a tu vida pendiente de la cruz; míralo en lo alto de aquel patíbulo ignominioso, colgado de aquellos crueles clavos, sin poder hallar alivio ni descanso; unas veces se apoya en las manos, otras descarga sobre los pies; pero doquiera descansa se aumenta el dolor y la agonía. Vuelve su lastimada cabeza de una parte y de otra; pero, ¡ay!, si la deja caer sobre el pecho, se dilatan con el peso las llagas de las manos; y si la inclina sobre los hombros, quedan por las espinas traspasados; si la apoya sobre la cruz, las espinas penetran despiadadas en ella. ¡Oh JESÚS mío!, ¡qué muerte más cruel estáis sufriendo!

Redentor mío crucificado, yo os adoro colocado en ese trono de ignominias y de dolores. La ins-

(5) Hebr., X, 5.

cripción puesta en lo alto de la cruz os proclama *Rey de los judíos*; pero prescindiendo del título colocado ahí por escarnio, ¿por qué señales podemos venir en conocimiento de vuestra realeza? Ah, sí, ya lo comprendo; vuestras manos traspasadas, vuestra cabeza coronada de espinas, vuestras sacrosantas carnes desgarradas y todo ese aparato de dolor os están proclamando por rey, pero rey de amor. Permitidme, pues, que con el corazón contrito y humillado me acerque a besar vuestros sagrados pies, traspasados por mi amor, y me abraza a esa cruz, en la cual, en un exceso de amor, quisisteis sacrificaros a la justicia divina, haciéndoos *obediente hasta la muerte de cruz* (6). ¡Dichosa obediencia que nos alcanza el dolor de los pecados! ¿Cuál hubiera sido mi suerte, ¡Salvador mío!, si Vos no hubierais pagado las deudas de mis pecados? Gracias os doy, amor mío, y por los méritos de esta sublime obediencia os suplico me concedáis la gracia de sujetarme en todo a la voluntad divina. Si deseo el paraíso es para poder amaros siempre y con todas mis fuerzas.

III. La Cruz, Escuela de amor. — Mira al Rey del Cielo, próximo a expirar en aquel infame patíbulo. Pregúntale con el profeta: decidme, Señor, *¿qué llagas son esas que veo en medio de tus manos?* (7). Responde por JESÚS el abad RUPERTO y dice: «Son el precio de la redención: son monumentos levantados al amor» (8). Son señales, dice el Redentor, del grande amor que te profeso; son el precio del

(6) Phil., II, 8.

(7) Zach., XIII, 6.

(8) In Zach. li. 5.

cual me serví para rescatarte de la esclavitud de tus enemigos y de la muerte eterna. Ama, pues, alma fiel, a tu Dios, que tanto te ha amado; y si alguna vez dudas de su amor, testigo es la cruz, dice SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA; testigos los dolores, testigo la muerte dolorosísima que por tí padeció, que te darán a entender a qué extremo llegó el amor de tu Redentor (9). «Clama la cruz, añade SAN BERNARDO, dan voces las llagas diciéndonos que Cristo nos amó con verdadero amor» (10).

¡Oh JESÚS mío!, ¡cuán triste y cargado de dolores os veo! Razón tenéis para ello al pensar que, después de haber padecido hasta el punto de morir en la cruz acabado de trabajos, pocos serán los corazones que respondan a vuestro amor. Aun hoy en día, ¡cuántas almas consagradas a Vos, o no os aman u os aman con muy menguado amor! ¡Oh dichosas llamas de amor, que en perfecto holocausto consumisteis en el ara de la cruz la vida de todo un Dios, extinguid también todos los afectos desordenados de mi corazón, e inflamadlo en el amor de mi amantísimo Salvador, que quiso acabar su vida en medio de los espantosos tormentos de la cruz! Amado JESÚS mío, sólo a Vos quiero amar, sólo a Vos, por ser mi Dios, mi amor y mi todo.

IV. La Cruz, Escuela de perfección. — Prometiósse a los hombres que verían con sus propios ojos a su divino Maestro. *Tus ojos*, dijo ISAÍAS, *estarán siempre viendo a tu doctor* (11). Toda la vida de JESUCRISTO fue un no interrumpido ejemplo de

(9) Dom. 17, post Pent., con. 3, n. 7.

(10) In Cant. Sermo 61, n. 4.

(11) Is., XXX, 20.

virtud y una acabada escuela de perfección; pero donde puso cátedra de las más excelsas virtudes fue en lo alto de la cruz. Desde ella nos dio lecciones de paciencia, sobre todo para el tiempo de enfermedad, porque JESUCRISTO sufrió con admirable paciencia los dolores de su acerbísima muerte. Con su ejemplo nos enseñó también a observar fielmente los preceptos divinos, a conformarnos con toda perfección a la voluntad de Dios; la mejor lección que nos dio fue la lección del amor. El Padre PABLO SEÑERI, EL JOVEN, aconsejó a una de sus penitentes que a los pies del Crucifijo escribiese estas palabras: *Ved cómo se ama* (12).

Así se ama, parece decirnos a todos desde lo alto de la cruz nuestro amoroso Redentor cuando, por no soportar algún trabajo, omitimos las obras que son de su agrado, y llegamos a las veces hasta el extremo de renunciar a su gracia y a su amor. Cristo nos amó hasta la muerte, y no bajó de la cruz hasta haber dejado en ella la vida.

¡Ah JESÚS mío!, ya que me habéis amado hasta la muerte, también yo quiero amaros hasta dar por Vos mi vida. Bien sé que en mi vida pasada os he ofendido muchas veces y hecho traición; vengaos, Señor, de mí; pero vengaos apoyado en vuestra misericordia y en vuestro amor. Infundidme tan grande dolor de mis pecados, que el recuerdo de las ofensas que contra Vos cometí me haga vivir siempre bajo el peso del dolor y de la aflicción. En lo por venir, antes que causaros el menor disgusto, prefiero padecer toda suerte de trabajos. ¿Qué penas y qué trabajos mayores podrían sobrevinirme que dis-
gus-

(12) GALLUZZI. *Vida del P. Pablo Señeri, el joven*, l. IV, cap. II.

taros a Vos, mi Dios, mi Redentor, mi esperanza, mi Señor y mi todo?

V. Jesús, desde la Cruz, pide nuestro amor. — *Y cuando yo seré levantado en alto*, dijo en cierta ocasión JESUCRISTO, *todo lo atraeré a mí. Esto lo decía*, añade SAN JUAN, para significar de qué muerte iba a morir (13). Comentando CORNELIO ALAPIDE estas palabras, dice que JESUCRISTO, al ser clavado en la cruz, se ganaría el afecto de todas las naciones del mundo con su amor, con su ejemplo y con los méritos de su preciosísima sangre (14). SAN PEDRO DAMIANO dice también «que apenas el Señor estuvo pendiente de la cruz, cautivó todos los corazones por los encantos de su amor» (15). «¿Quién, por consiguiente, añade ALAPIDE, no amará a Cristo al verle morir por nuestro amor»? (16). Mirad, almas rescatadas, mirad a vuestro Redentor clavado en la cruz; toda su figura respira amor y nos convida a amarle; la cabeza inclinada para darnos el beso de paz, los brazos extendidos para estrecharnos contra su pecho; su corazón abierto para amarnos.

Amado JESÚS mío, ¿cómo pudo ser mi alma tan agradable a vuestros ojos, previendo las injurias que de mi parte habíais de recibir? Para ganar mi corazón quisisteis darme grandes pruebas de amor: venid, pues, azotes y espinas; venid clavos y cruz que atormentasteis el sagrado cuerpo de mi JESÚS; venid y traspasad mi corazón de amor. Recordadme siempre que cuantas gracias he recibido y espero recibir, todas las debo a la Pasión de mi Redentor. ¡Oh

(13) **Io.**, Xii, 32, 33.

(14) **In Io.**, l. c.

(15) **Serm.** 18 de **Inv.** crucis.

(16) **Loc.** cit.

Maestro de amor!, los demás maestros enseñan hablando; Vos, desde la cátedra de la cruz, enseñáis padeciendo; los otros enseñan por el interés; Vos, por amor, no exigiendo más recompensa que la salvación de mi alma. Salvadme, amor mío, y para conseguirlo, dadme la gracia de amaros siempre y complaceros; porque amándoos me salvaré.

VI. La Cruz, escuela de paciencia. — Mientras que JESÚS agonizaba en la cruz, no cesaban los hombres de atormentarle con escarnios e insultos. Unos le decían: *A otros ha salvado y no puede salvarse a sí mismo. Si es Rey de Israel*, añadían otros, *que baje de la cruz* (17). ¿Y cómo responde JESÚS desde la cruz a los insultos que le dirigen sus enemigos? ¿Pide acaso a su Eterno Padre que los castigue? Todo lo contrario: *Padre mío, exclama, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (18).

Para patentizar el piélago insondable de amor que tenía en su pecho, dice SANTO TOMÁS, pidió perdón por sus verdugos; lo pidió y lo alcanzó, porque al verle muerto se arrepintieron de su pecado, y *se volvían dándose golpes de pecho* (19).

Amadísimo Salvador mío, he aquí a vuestros pies a uno de vuestros más crueles perseguidores; pedid a vuestro Padre, que también a mí me perdone. Es verdad que los judíos y los verdugos ignoraban lo que hacían al crucificaros; pero yo, al pecar, bien sabía que ofendía a un Dios crucificado y muerto por mí; pero vuestra sangre y vuestra muerte han alcanzado también misericordia para mí; y no puedo

(17) **Matth.**, XXVII, 42.

(18) **Luc.**, XXIII, 34.

(19) **Luc.**, XXIII, 48.

desconfiar de alcanzar el perdón al entender que, para perdonarme, habéis muerto por mí. Amable Redentor mío, descansen sobre mi alma una de aquellas afectuosas miradas que me dirigisteis al morir en la cruz; miradme y perdonadme la ingratitud con que he correspondido a vuestro amor. Me arrepiento, JESÚS mío, de haberos menospreciado; os amo con todo mi corazón, y, movido por vuestro ejemplo, amo también a los que me han ofendido; deséoles toda suerte de bienes y propongo servirlos y socorrerlos en cuanto pueda para agradaros a Vos, Señor mío, que quisisteis morir por mí, a pesar de haberos tanto ofendido.

Acuérdate de mí, os dijo, buen JESÚS, el ladrón dichoso, y quedó consolado al oír brotar de vuestros labios estas palabras: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso* (20). Acordaos, Señor de mí, os digo yo también, y no olvidéis que soy una de las muchas ovejas por las cuales disteis la vida. Consoladme dándome a entender que me perdonáis todos mis pecados, infundiéndome gran dolor de todos ellos. ¡Oh Pontífice incomparable!, que sacrificasteis la vida por amor a vuestras criaturas, ten compasión de mí. De hoy en adelante os consagro mi voluntad, mis sentidos, mis satisfacciones y todos mis deseos. Creo firmemente que Vos, Dios mío, habéis muerto crucificado por mí, y os suplico que vuestra sangre divina bañe mi alma, la purifique de sus pecados, me inflame en vuestro santo amor y me haga del todo vuestro. Os amo, JESÚS mío, y deseo morir crucificado por Vos, que habéis muerto por mí crucificado.

Eterno Padre, verdad es que os he ofendido; pero mirad a vuestro Hijo crucificado en el madero

(20) Luc., XXIII, 43.

de la cruz que expía mis pecados, ofreciéndoo, en sacrificio, su vida divina. Os ofrezco sus méritos, que lo son también míos, puesto que El me los ha dado, y por el amor de este vuestro Hijo os suplico que tengáis compasión de mí. El mayor favor que os pido es que me devolváis la gracia que yo, en mi desventura, tantas veces he menospreciado; me arrepiento de haberos ultrajado y os amo; sí, os amo, mi Dios y mi todo; y por complaceros estoy pronto; a padecer todos los ultrajes y dolores y miserias, y hasta la misma muerte.

CAPITULO XIII

DE LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE JESUCRISTO EN LA CRUZ Y DE SU MUERTE.

I. Jesús muere sin consuelo humano. — Dice SAN LORENZO JUSTINIANO (1) que la muerte de JESÚS fue la más amarga y dolorosa de cuantas han podido sufrir los hombres, porque el Redentor murió en la cruz sin experimentar el más pequeño alivio. Cuando sufrimos alguna pena o quebranto, suele venir a mitigarla un pensamiento que nos alienta y consuela; pero el dolor y la tristeza de JESÚS, según el Angélico Doctor (2), fue puro dolor, fue tristeza sin consuelo. Que por esto SAN BERNARDO, contemplando a JESÚS en las agonías de la cruz, le dice suspirando: «Amadísimo Redentor mío, al veros clavado en ese madero infame, desde la planta de los pies a la cabeza, yo no hallo más que dolor y aflicción» (3).

¡Oh bondadosísimo Redentor mío, oh amor de mi alma! ¿por qué tanto afán en derramar toda vuestra sangre preciosa?, ¿por qué sacrificar vuestra vida divina por un gusano tan vil e ingrato como yo? ¡Oh JESÚS mío!, ¿cuándo llegará el día en que me

(1) *De Tr. Chr. Ag.*, c. 17. *Obras*, Venecia, 1721, p. 267.

(2) *P. 3*, g. 45, a. 6.

(3) *Obras*, Lyon, 1668. *Serm. V.*

una de tal suerte a vuestro corazón que no pueda separarme de Vos, ni dejar de amaros? ¡Ah, Señor, mientras viva en el mundo estoy expuesto a rehusaros mi amor y perder vuestra amistad, como lo hice en mi pasada vida. Amadísimo Salvador mío, si algún día he de sufrir tamaña desgracia, os ruego, por los méritos de vuestra Pasión, que me enviéis la muerte en este instante, en que espero gozar de vuestra gracia y amistad. Os amo y quiero siempre amaros.

Laméntase JESÚS, por boca de Salmista, que estando para morir en la cruz buscaba quien le consolase y no lo halló. *Esperé, dice, que alguno se condoliese de mí, mas nadie lo hizo* (4). En las agonías de la cruz, JESÚS era maldecido y blasfemado por judíos y romanos. Junto a la cruz de Cristo estaba también María, que, de haber podido, le hubiera proporcionado algún alivio; pero el dolor de esta afligida y amorosa Madre contribuía a aumentar las penas del Hijo, que tanto le amaba. De modo que, como dice SAN BERNARDO, «las penas de María, al desbordar de su corazón, iban a inundar de amargura el corazón de JESÚS (5), de tal manera, que el Redentor, al contemplar a María tan angustiada, sentía atravesada su alma más por los dolores que padecía su Madre que por los suyos propios. Por esto dice SAN BERNARDO: «¡Oh buen JESÚS!, grandes dolores padecéis en el cuerpo; pero los padecéis mayores en el corazón, espejo de angustias de vuestra Madre» (6).

¡Qué amarguras debieron inundar los amantes

(4) Ps., LXVIII, 21.

(5) Apud Siniscalchi. *Il Martirio del Cuore di M. Adol.*, cons. 39.

(6) LUDOLFO DE SAJONIA, *Vida de Jesucristo*, p. II, cap. LXIII.

corazones de JESÚS y de María cuando JESÚS, antes de expirar, tuvo que despedirse de su Madre! He aquí las últimas palabras de despedida que JESÚS dirigió a María: *Mujer, ahí tienes a tu hijo*; y le señaló a Juan para que le recibiese en su lugar por hijo.

¡Oh Reina de los dolores!, las recomendaciones de un hijo moribundo a quien ama entrañablemente se tienen en tan grande estima, que jamás se caen de la memoria de una madre. Acordaos, pues, que vuestro Hijo, que tanto os amaba, os dejó por hijo, en la persona de Juan, a este pobre pecador que yace postrado a vuestros pies. Por el amor que tenéis a JESÚS, compadeceos de mí. Yo no os pido bienes de la tierra; pues al ver a vuestro Hijo que muere por mí agobiado de dolores, al veros a Vos, santísima Madre mía, que por mí sobrelleváis tantos trabajos; al considerar que por mis pecados merecía estar sepultado en el infierno, y que, esto no obstante, nada he padecido por vuestro amor, quiero sufrir por Vos algún trabajo antes de morir. Esta gracia os pido diciéndoos con SAN BUENAVENTURA: ¡Oh Señora!, si os he ofendido, herid mi corazón en justo castigo de mi culpa; y si os he amado, os pido en justa recompensa que hiráis mi corazón» (7). Alcanzadme, oh María, grande devoción y continuo recuerdo de la Pasión de vuestro Hijo. Y por las angustias que padecisteis al verlo expirar en la cruz, alcanzadme una buena muerte. Asistidme, Reina mía, en aquel angustioso trance y concededme la gracia de morir amando y pronunciando los santísimos nombres de JESÚS y de María.

(7) Stim. div. am., p. I, c. 3.

II. Jesús muere sin consuelo divino. — Viendo JESÚS que no había en la tierra quien le pudiera consolar, levantó el corazón y la mirada a su Padre en ademán de pedir consuelo. Mas al ver el Eterno Padre a su Hijo cubierto con el manto de pecador, le dice: No, Hijo mío; no te puedo consolar ahora, que estás satisfaciendo a mi justicia por todos los pecados de los hombres; conviene que yo también te abandone en tu desamparo y te deje morir sin consuelo. Entonces, según el testimonio de SAN MATEO, exclamó JESÚS con una gran voz, diciendo: *¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿por qué me habéis desamparado?* (8). Explicando DIONISIO CARTUJANO estas palabras, dice que JESÚS las profirió en alta voz para que entendiesen todos que moría agobiado por el dolor y la tristeza. Nuestro amoroso Redentor quiso morir abandonado y privado de todo consuelo «para manifestarnos el amor que nos tenía, dice SAN CIPRIANO, y ganar para sí nuestros corazones».

¡Amado JESÚS mío!, sin razón os lamentáis cuando decís: *¿Por qué, Dios mío, me habéis abandonado? ¿Por qué?, preguntáis. Y ¿por qué os responderé, os habéis comprometido a pagar la deuda de nuestros pecados por la que merecíamos ser de Dios abandonados?* Con razón, pues, os abandona el Padre en vuestro desamparo y os deja morir sumergido en un mar de penas y amarguras. ¡Ah Redentor mío!, vuestro abandono me aflige y a la vez me consuela: me aflige al veros morir cercado de tantas angustias; y me consuela, porque me da fundadas esperanzas de que por vuestros merecimientos no quedaré desamparado de la misericordia divina, como lo tenía merecido por haberme separado de Vos para seguir mis capri-

(8) *Matth.*, XXVII, 46.

chos. Dadme a entender cuán grande tormento sería para mí el verme privado de Dios para siempre, cuando para Vos fueron de indecibles amarguras aquellos momentos en que os visteis privado de la presencia sensible de la divinidad. Por el cruel desamparo que entonces padecisteis, no me abandonéis, JESÚS mío, sobre todo en el momento de la muerte, cuando todos me han de abandonar. Atribulado Salvador mío, sed mi apoyo y mi consuelo en mis desolaciones y angustias. No ignoro que si padezco sin género alguno de consuelo agradaré más a vuestro adorable corazón; pero hartó conocéis mi natural flaqueza; ayudadme, pues, con vuestra gracia, y en mis postreros momentos infundidme perseverancia, paciencia y resignación.

III. Jesucristo muere sediento de nuestra salvación. — Estando JESUCRISTO para expirar, dijo: *Sed tengo*. — «Pero, Señor, pregunta LEÓN DE OSTIA, ¿Por qué tenéis sed? ¿Calláis las infinitas amarguras que padecéis en la cruz y sólo os lamentáis de la sed? (9). — «Tengo sed de vuestra salvación» le hace decir SAN AGUSTÍN. Almas queridas, responde JESÚS, la sed que me abrasa y me consume es el deseo que tengo de vuestra salvación. Nuestro amante Redentor deseaba con grande ardor ganar nuestras almas, y por eso sentía como una sed que le devoraba de entregarse a la muerte por nuestro amor. Este era el género de sed que le consumía, dice SAN LORENZO JUSTINIANO (10), y la que le movía a morir por nosotros. Y SAN BASILIO añade que JESUCRISTO se quejó de la sed para darnos a entender que su deseo era padecer

(9) S. de P. Dom.

(10) De Tr. Chr. Ag., c. 19. Obras, Venecia, 1721; p. 273.

todavía más de los que había sufrido, de suerte que el deseo aventajó a la misma pasión (11).

¡Oh Dios amabilísimo!, es tan grande vuestro amor, que suspiráis que os correspondamos con el nuestro. ¡Ah, Señor, Vos tenéis sed de que os ame este vil gusanillo, y yo, ¿no tendré ansias de amar a un Dios de infinito amor? Por los méritos de la sed que padecisteis en la cruz, dadme un gran deseo de amaros y complaceros en todo. Habéis prometido escuchar todas nuestras plegarias; yo sólo os pido una cosa: el don precioso de vuestro santo amor. Verdad es que no merezco tan gran merced; pero gloria y triunfo especial de vuestra sangre será el inflamar en llamas de amor el corazón que en otro tiempo os ha menospreciado y purificar con incendios de caridad el alma cubierta con el fango de mil géneros de pecados. Mucho más de lo que os pido habéis hecho ya muriendo por mí. ¡Oh Señor infinitamente bueno!, quisiera amaros tanto como merecéis; gózome en el amor que os tienen las almas piadosas, y más todavía en el que Vos mismo os tenéis; al uno y al otro amor uno yo el mío, por débil y flaco que sea. Os amo, Dios eterno; os amo, amabilidad infinita; haced que vaya creciendo en amor por actos con frecuencia repetidos y por los esfuerzos constantes que haga para agradaros sin reserva y complaceros en todo. Pobre y miserable soy, pero a lo menos quiero ser todo vuestro.

IV. Jesús, con su muerte, acaba la obra de la Redención. — JESUCRISTO, momentos antes de expirar, con voz trémula y moribunda, exclamó: *Todo está*

(11) Oratio 24.

consumado (12). Al pronunciar estas palabras recorrió con la mente todo el curso de su vida, los trabajos que había padecido, la pobreza, los dolores y las ignominias sufridas, ofreciendo todo de nuevo al Eterno Padre por la salvación del mundo. Luego, dirigiéndose a nosotros, pareció repetir: *Todo está consumado*. Como si dijera: Mirad, ¡oh hombres!, que todo está acabado, todo se ha cumplido; la obra de la Redención, terminada; la justicia divina, aplacada y satisfecha; el paraíso, de par en par abierto. *Ya llegó el tiempo, el tiempo de los amores* (13). Sí, ya es tiempo, pobres hijos de Adán, ya es tiempo de que comencéis a amarme. Amadme, pues, amadme, que ya no puedo hacer más para cautivar vuestro amor. Ved lo que he llevado a cabo para ganar vuestro cariño; por vosotros he vivido una vida amargada con mil tribulaciones, y al cabo de ella he consentido, antes de morir, que derramaran toda mi sangre, que me escupieran en el rostro, que azotaran todo mi cuerpo, que me coronaran de espinas, que me clavarán en esta cruz, donde estoy agonizando, como veis. ¿Qué más me queda por sufrir? Sólo me falta el morir por vosotros; pues bien, quiero morir; ven muerte, que te doy licencia para quitarme la vida por la salvación de mis ovejas. Y vosotras, amadas ovejas, amadme, amadme, con entrañable amor, porque ya no sé qué hacer para obligaros a amarme. «Todo está consumado, acaba diciendo el Padre TAULERO; todo lo que la justicia exigía, todo lo que la caridad demandaba, todo lo que podía servir para manifestar el amor (14).

(12) **Io.**, XIX, 30.

(13) **Ezech.**, XVI, 8.

(14) **De vit. et pass. Salvat**, c. 49.

¡Amado JESÚS mío!, ojalá que yo también pudiera decir en la hora de la muerte: Señor, todo está consumado; he hecho todo cuanto me habéis ordenado; he llevado con paciencia las cruces de la vida; me he esmerado por complaceros en todo. ¡Ah, Dios mío!, si tuviera que morir en este instante, no moriría contento, porque nada de esto podía decir con verdad. Pero, ¿he de corresponder siempre con ingratitud a vuestro amor? Concededme, por favor, la gracia de trabajar por agradaros los años que me restan de vida, a fin de que, en la hora de mi muerte pueda con verdad decir que, a lo menos desde hoy, he cumplido con vuestra santísima voluntad. Si en lo pasado os ofendí, vuestra muerte es mi esperanza; mas en lo por venir no quiero haceros traición; mas de Vos espero la gracia de la perseverancia; os la pido, JESÚS mío, y de Vos la espero apoyado en vuestros merecimientos.

V. Muerte de Jesús. — Nuestro divino Redentor se acerca a su fin postrero; mírale, alma mía, cómo está luchando con las agonías de la muerte; contempla sus ojos moribundos, su rostro lívido y amoratado, su corazón que late pausadamente, su cuerpo que se siente invadido por la muerte, y su alma hermosísima que está próxima a abandonar el desgarrado cuerpo. El cielo se oscurece, tiembla la tierra, se abren los sepulcros: ¿qué es lo que anuncian tan espantosas señales? La muerte del Criador del Universo.

En fin, después de haber encomendado su alma benditísima al Padre Eterno, nuestro Redentor, desde lo más íntimo del corazón, dio un gran suspiro, e inclinando la cabeza en señal de obediencia, y ofreciendo su muerte por la salvación de los hombres, expiró por la violencia del dolor, entregando su alma

en manos de su amado Padre. *Entonces JESÚS, dice SAN LUCAS, clamando con una voz muy grande, dijo: Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto expiró* (15).

Acércate, alma mía, al pie del santo madero de la cruz, donde el Cordero de Dios ha muerto sacrificado por tu salvación; acércate y medita que ha muerto por el entrañable amor que te profesaba. Pide cuanto quieras a tu amado Señor y espéralo todo de su bondad.

¡Oh JESÚS mío!, ¡oh Salvador del mundo!, ved a qué extremo os ha reducido el amor que teníais a los hombres. Gracias, porque, aun siendo Dios, quisisteis perder la vida para que no se perdiesen nuestras almas; gracias os doy por todos, pero muy señaladamente por mí; porque, ¿quién más que yo ha participado del fruto de vuestra muerte? Sin yo saberlo, y por vuestros méritos infinitos, fui hecho por el bautismo hijo de la Iglesia; y después vuestro amor me ha perdonado muchas veces mis pecados y me ha otorgado gracias especialísimas. Por Vos, finalmente, tengo la esperanza de morir en gracia de Dios y de ir a amarle en el Paraíso.

Amado Redentor mío, de ¡cuán grandes favores os soy deudor! En vuestras manos, traspasadas por los clavos, pongo mi pobre alma. Dadme a entender cuán grande ha sido el amor de un Dios que le ha llevado a morir por mí. También yo, Señor, quisiera morir por Vos; mas ¿que vale la muerte de mi Señor y mi Dios? Quisiera, al menos, amaros con todas mis fuerzas; pero ni esto ni nada puedo, JESÚS mío, sin vuestro favor y ayuda. Ayudadme, pues, y por los méritos de vuestra muerte haced que muera a

todos los amores de la tierra, a fin de que sólo a Vos ame, que sois digno de infinito amor. Os amo, bondad infinita, os amo, Soberano mío, y os diré con SAN FRANCISCO (16): «Muera yo a todo en agradecimiento, al menos, del amor infinito que os llevó a morir por mi amor y para que yo os correspondiera con el mío.»

¡Oh María, Madre mía!, interceded por mí. Amén.

(16) **Obras**, t. I, 1739, p. 19; 20.

CAPITULO XIV

DE LOS MOTIVOS DE ESPERANZA QUE DEBEMOS TENER EN LA MUERTE DE JESUCRISTO.

I. Jesucristo, nuestra única esperanza. — JESUCRISTO es la única esperanza de nuestra salvación. *Fuera de El no hay que buscar la salvación en ningún otro* (1). *Yo soy la puerta, dice; el que por mí entrare, se salvará* (2). ¿Qué pecador hubiera podido jamás esperar el perdón si JESUCRISTO no hubiera aplacado la divina Justicia derramando su sangre y dando su vida por nosotros? Por esto nos exhorta el Apóstol por estas palabras: *Si la sangre de los machos cabríos y de los toros borraba en los judíos las manchas exteriores del cuerpo*, para que pudieran ser admitidos a los santos misterio, *¿cuánto más la sangre de JESUCRISTO, el cual, por impulso del Espíritu Santo, se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas de los pecados, para que tributemos verdadero culto al Dios vivo?* (3).

Nuestro amoroso Redentor vino al mundo para salvar a los pecadores; y ¿qué hizo al ver que por nuestros pecados se había lanzado contra nosotros senten-

(1) Act., IV, 12.

(2) Io., X, 9.

(3) Hebr., IX, 13, 14.

cia de condenación? Pagó con su muerte la pena que merecíamos; borró con su sangre el decreto que nos condenaba a muerte, y para que la Justicia divina no nos pidiese la debida satisfacción, lo clavó en la cruz donde murió. *Y cancelada la cédula del decreto, dice SAN PABLO, firmando contra nosotros, que nos era contrario, quitóla de en medio, clavándola en la cruz* (4). *Y Cristo entró una vez para siempre en el Santuario, habiendo obtenido una eterna redención del género humano* (5).

¡Oh JESÚS mío!, si no hubieseis hallado este medio de alcanzarnos el perdón, ¿quién hubiera podido encontrarlo? Razón tenía DAVID para exclamar: *Anunciad entre las naciones sus proezas* (6). Publicad, bienaventurados, las amorosas industrias de que se ha servido nuestro Dios para salvarnos. Dulcísimo Salvador mío, ya que tanto me habéis amado, tened compasión de mí; con vuestra muerte me habéis arrancado de las garras de Lucifer. *En tus manos encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, oh Señor, Dios de la verdad* (7).

II. Jesucristo, nuestro abogado. — *Hijitos míos, dice SAN JUAN, estas cosas os escribo para que no pequéis; pero aun cuando alguno, por desgracia, pecare, tenemos por abogado para con el Padre a JESUCRISTO el justo, y El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados* (8). JESUCRISTO no acabó con su muerte de interceder por nosotros cerca del Eterno Padre, pues todavía sigue haciendo oficio

(4) Coloss., II, 14.

(5) Hebr., IX, 12.

(6) Ps., IX, 12.

(7) Ps., XXX, 6.

(8) Io., II, 1, 2.

de abogado nuestro y en el cielo su única ocupación parece ser excitar la misericordia del Padre en nuestro favor. *Como que está siempre vivo*, dice SAN PABLO, *para interceder por nosotros* (9). Y añade el Apóstol *que entró en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros en el acatamiento de Dios* (10). Así como los rebeldes son arrojados de la presencia del rey, así también nosotros, pecadores, no hubiéramos sido dignos de presentarnos delante de Dios, ni aun para pedirle perdón, pero JESÚS, como Redentor nuestro, se presenta delante de Dios en nuestro nombre y por sus méritos nos alcanza la gracia que habíamos perdido.

Os habéis acercado, dice SAN PABLO, a JESUCRISTO, *mediador de la nueva alianza, y a la aspersion de aquella su sangre que habla mejor que la de Abel* (11). La sangre del Redentor implora con más eficacia la misericordia de Dios en nuestro favor que pide venganza contra Caín la sangre de Abel. «Mi justicia, dijo cierto día el Señor a Santa María Magdalena de Pazzi, se ha trocado en clemencia desde que tomé venganza en la carne inocente de JESÚS. La sangre de este mi Hijo no pide venganza como la de Abel; sólo reclama piedad y misericordia; y al oír estas voces, mi justicia queda aplacada. Esta sangre me ata las manos, por decirlo así, y no las puedo mover para vengarme de los pecadores como antes lo hacía (12).

No te olvides, pues, dice el EEPÍRITU SANTO, *del beneficio que te ha hecho tu fiador, pues ha expuesto por ti su vida* (13). ¡Oh JESÚS mío!, después de haber

(9) Hebr., VII, 25.

(10) Hebr., IX, 24.

(11) Ib., XII, 22, 24.

(12) PUCCINI. Vida, Florencia, 1611, p. VI, cap. III.

(13) Eccli., XXXIX, 20.

pecado, era incapaz de satisfacer a la Justicia divina, mas Vos, con vuestra muerte, habéis querido dar por mí cumplida satisfacción. Por lo cual sería un monstruo de ingratitud si me olvidase de tan gran misericordia. No, Redentor mío; no quiero echar en olvido vuestros beneficios; antes por el contrario, mi intención es daros por ellos continuas acciones de gracias y manifestaros mi reconocimiento, amándoos y haciendo todo lo que en mi mano está para agradaros. Dadme alguna partecica en la gracia infinita que atorasteis con tanto sufrir. Os amo, JESÚS mío, amor mío y esperanza mía.

III. Jesucristo, nuestro refugio. — *Ven, paloma mía, y descansa en los agujeros de las piedras* (14). No hay refugio más seguro que estos sagrados agujeros de la piedra; es decir, las llagas del Salvador. «Los agujeros de la piedra, dice SAN PEDRO DAMIANO, son las llagas del Redentor; en ellas deposita nuestra alma su esperanza» (15). En ellas encontraremos la medicina para curar la desconfianza que engendran nuestros pecados y las armas para defendernos de nuestros enemigos, que nos quieren de nuevo arrastrar al pecado. *Tened confianza*, nos dice JESUCRISTO, *que yo he vencido al mundo* (16). Si no tenéis fortaleza suficiente para resistir a los asaltos del mundo, que os brinda con sus placeres, confiad en mí, dice Nuestro Salvador, que yo he vencido al mundo y vosotros también le venceréis. Pedid, añade, al Eterno Padre que por mis méritos os dé la fortaleza que necesitáis, porque, *en verdad os digo que cuanto pidieréis al*

(14) Cant., II, 13, 14.

(15) De S. Matth., s. 3.

(16) Io., XVI, 33.

Padre en mi nombre os lo concederá (17). Y en otro lugar confirma esta promesa diciendo: *Y cuanto pidiereis al Padre en mi nombre yo lo haré, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo* (18).

Padre eterno, apoyado en los méritos y en las promesas de JESUCRISTO, os pido, no bienes de la tierra, sino vuestra gracia; bien sé que por las injurias que os he hecho soy indigno de perdón y de gracia; pero si yo no merezco ni el uno ni la otra, lo ha merecido por mí vuestro Hijo derramando su sangre y dando su vida. Por amor, pues, de este vuestro Hijo, perdonadme; dadme gran dolor de mis pecados y grande amor. Iluminad mi entendimiento para que comprenda cuán amable es vuestra bondad y cuánto me habéis amado desde toda la eternidad. Dadme a conocer qué es lo que de mí pedís y fuerza de voluntad para cumplir lo que fuere de vuestro agrado. Os amo, Señor, y quiero hacer lo que vuestra voluntad de mí dispusiere.

IV. Jesús, nuestro Redentor. — Grande esperanza de salvación nos da la muerte de JESUCRISTO. ¿Quién osará condenarnos, pregunta el Apóstol, después que JESUCRISTO murió por nosotros en una cruz para no condenarnos a muerte eterna? (19). Y SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, alentando al pecador, exclama: «¿Qué temes, pecador, si aborreces tu pecado? ¿Cómo te condenará aquel Señor que murió para no condenarte? Y ¿te desechará si te arrojas a sus pies contrito el que bajó del cielo para buscarte cuando huías?» (20). Pero todavía nos alienta más el mismo

(17) **Io.**, XVI, 23.

(18) **Ib.**, XIV, 13.

(19) **Rom.**, VIII, 34.

(20) **In Dom. I Ad.** c. 5, n. 13.

Redentor diciéndonos por boca de ISAÍAS: *Mira cómo te llevo yo grabado en mis manos, tus muros los tengo siempre delante de mis ojos* (21). Amada oveja mía, no desconfíes; mira cuánto me has costado; aquí te llevo escrita en mis manos; en estas llagas que en mis manos abrieron; y ellas me están recordando de continuo que necesitas de mi socorro y mi favor para defenderte de tus enemigos. Amame y pon en mí tu confianza.

Sí, JESÚS mío, os amo y en vos confío; el redimirme os ha costado grandes trabajos, pero nada os cuesta el salvarme, mayormente que vuestro deseo es salvarnos a todos, sin que nadie se pierda. Si mis pecados me desalientan, aliéntame vuestra bondad que más desea hacerme bien que yo recibirlo. Amadísimos Redentor mío, os diré con el Santo JOB: *Aun cuando el Señor me quitare la vida, en El esperaré y El será mi Salvador* (22). Aun dado caso que me arrojéis de vuestra presencia, no dejaré de esperar en Vos, amor mío, que sois mi Salvador. Vuestra sangre y vuestras llagas me dan ánimo para esperar todo de vuestra misericordia. Os amo, JESÚS mío, y en Vos espero.

V. Jesús, nuestra corona. — Estando enfermo el glorioso San Bernardo, se vio trasladado delante del tribunal de Dios, donde el demonio, acusándole de sus pecados, le decía que era indigno del Paraíso. Mas el Santo respondió: Es verdad que yo no merezco el cielo; pero JESUCRISTO tiene dos títulos para entrar en la gloria: ser Hijo natural de Dios y haberla conquistado con su muerte; El se contenta con el primer

(21) Is., XLIX, 16.

(22) Job, XIII, 15, 16.

título y me cede a mí el segundo, por el cual pido y espero alcanzar el paraíso. Lo mismo podemos decir también nosotros, pues, según SAN PABLO, JESUCRISTO quiso morir agobiado de dolores para alcanzar el Paraíso a todos los pecadores arrepentidos y resueltos a enmendarse. *Y sacrificado en la cruz*, dice el APÓSTOL, *vino a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen* (23). Y luego añade: *Corramos al término del combate, poniendo siempre los ojos en JESÚS, autor y consumador de la fe, el cual, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia* (24). Luchemos animosos contra nuestros enemigos, puestos los ojos en nuestro capitán JESUCRISTO, el cual, en virtud de los méritos de su Pasión, nos brinda con la victoria y la corona.

El salvador subió al cielo para prepararnos un asiento. *No se turbe vuestro corazón..., voy a preparar lugar para vosotros* (25). Ha dicho, y no cesa de decírselo también a su Padre, que quiere tener consigo en el cielo a los que el Padre le ha confiado. *Padre*, le dice, *yo deseo ardientemente que aquellos que tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde yo estoy* (26). «¿Puede darse mayor misericordia, dice SAN ANSELMO, cuando el pecador, condenado ya al infierno, sin que nada ni nadie le pueda valer, oye al Padre Eterno que dice; Toma a mi Hijo unigénito y ofrécele por ti; y el Hijo le diga: Tóname a mí por rescate del infierno?» (27).

(23) **Hebr.**, V. 9.

(24) **Hebr.**, XII, 1, 2.

(25) **Io.**, XIV, 1, 2.

(26) **Id.**, XVII, 24.

(27) **Cur D. H.** l. 2, c. 20.

¡Oh Padre amorosísimo!, gracias os doy por haberme dado a vuestro Hijo por mi Salvador; os ofrezco su muerte y sus méritos, suplicándoos que tengáis compasión de mí. No me cansaré de daros gracias, Redentor mío, por haber dado la sangre y la vida por librarme de la muerte eterna. «Rogámoste, Señor, que vengáis en socorro de vuestros siervos, redimidos por vuestra preciosa sangre» (28). Salvad a vuestros siervos rebeldes, ya que a tanta costa los habéis redimido. ¡Oh JESÚS, única esperanza mía, ya que tanto me amáis, hacedme santo, puesto que vuestra omnipotencia lo puede hacer. Si soy flaco, dadme fortaleza; si mi alma está enferma a causa de mis pecados, sanadla con la medicina preciosa de vuestra sangre. Dadme vuestro amor; dadme la perseverancia final; dadme el singular consuelo de morir en vuestra gracia; dadme, finalmente, el Paraíso; apoyado en vuestros méritos lo pido, y de Vos lo espero. Os amo, Dios mío amabilísimo, con toda mi alma, y espero amaros por toda la eternidad. Venid en socorro de un desventurado pecador que desea amaros.

VI. Jesús, nuestro mediador. — *Teniendo, pues, por Sumo Pontífice, dice SAN PABLO, a JESUCRISTO, Hijo de Dios, que penetró hasta lo más alto de los cielos y nos abrió sus puertas, cerradas por el pecado, estamos firmes en la fe que hemos profesado, pues no es tal nuestro Pontífice que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo experimentado todas las tentaciones, a excepción del pecado, por razón de la semejanza que tiene con nosotros. Lleguémonos, pues, con confianza al trono de la gracia divina, para alcanzar misericordia y socorro en tiempo*

(28) (Cant. Te Deum.)

conveniente (29). Y ¿cómo podemos temer que el Padre nos rehúse la gracia después de habernos dado a su propio Hijo? *El que ni a su propio Hijo perdonó, dice SAN PABLO, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo después de habérmolo dado a El, nos negará cualquier otra cosa?* (30). «No nos negará lo menos, es decir, la vida eterna, dice el CARDENAL HUGO comentando estas palabras, el que nos ha dado lo más, que es su propio Hijo.»

¡Oh Soberano Señor mío!, ¿qué os daré yo, pobre como soy, para corresponder al don inefable que me habéis dado dándome vuestro Hijo? *El Señor, os diré con DAVID, pagaré por mí* (31). No tengo medios de corresponder a vuestras dádivas; pero vuestro Hijo sabrá hacerlo por mí con creces. Padre mío misericordiosísimo, por las llagas de JESÚS os ruego que me alcancéis la salvación. Os amo, bondad infinita, y porque os amo me arrepiento de haberos ofendido. Dios mío, Dios mío, quiero entregarme a Vos sin reserva; recibidme por amor de JESUCRISTO. ¡Oh Criador mío!, ¿será posible que después de haberme dado a vuestro Hijo me neguéis vuestros bienes, vuestra gracia, vuestro amor y vuestro Paraíso?

VII. Jesús, nuestra vida. — Asegura SAN LEÓN «que más hemos ganado por la muerte y gracia de Cristo que habíamos perdido por la envidia del demonio» (32). Queriendo con esto declarar lo que ya había escrito SAN PABLO a los romanos. *No fue el don, dice, así como el delito, porque donde abundó el deli-*

(29) Heb., IV, 14-15.

(30) Rom., VIII, 32.

(31) Ps, 137, 8.

(32) De Asc. D. S. 1.

to, sobreabundó la gracia (33). «La gracia de Cristo es de mayor eficacia, dice el CARDENAL HUGO, que el pecado.» No puede establecerse comparación, dice el Apóstol, entre el pecado del hombre y el don que Dios nos hizo dándonos a JESUCRISTO; grande fue el pecado de Adán, pero ha sido infinitamente mayor la gracia que JESUCRISTO nos ha merecido con su Pasión. *Yo he venido*, dice JESÚS, *para que mis ovejas tengan vida y la tengan en más abundancia* (34). Vine al mundo a fin de que los hombres, muertos por el pecado, no sólo tengan por mí la vida de la gracia, sino una vida más lozana que la que por la culpa perdieron. Por eso la Iglesia, en los transportes de alegría exclama: «¡Feliz culpa, que nos has merecido tan excelso y preclaro Redentor! (35).

He aquí que Dios es mi Salvador, os diré con ISAÍAS; *viviré lleno de confianza y no temeré* (36). Aunque Vos, JESÚS mío, sois un Dios omnipotente, sois también mi Salvador; siendo esto así, ¿por qué temer mi condenación? Y si en lo pasado os he ofendido, me arrepiento de ello con todo mi corazón; en lo por venir quiero servirlos, obedeceros y amaros. Espero firmemente de Vos, Redentor mío, que tanto habéis hecho y sufrido por mi salvación, que no me neguéis ninguna gracia de las que necesito para salvarme. «Sí, dice SAN BUENAVENTURA, iré a El fundado en toda esperanza, pues nada me negará que sea conducente a mi salvación el que tanto ha hecho y sufrido por salvarme» (37).

(33) Rom., V, 15-20.

(34) Io., X, 10.

(35) Oficio del Sábado Santo, en la bendición del cirio.

(36) Is., XII, 2.

(37) Obras, 1898, p. 8.